Parecía un reptil al que pisasen la cabeza.

Poco á poco, efectuando la asfixia su obra, los movimientos de Peyrolles se hacían menos violentos y un estertor sordo, el estertor de la agonía, escapábase de su garganta contraída horriblemente.

Por fin se puso rígido, por una convulsión suprema, exhaló un largo y profundo suspiro, el último, y luego quedó para siempre inmóvil en su cama.

Era la pena del talión.

Si su antiguo amo, el príncipe de Gonzaga, había muerto por la espada, después de haber usado traidoramente este arma, él acababa de rendir su horrible alma de la misma manera que había hecho rendir la suya al señor de Wendel, su víctima de Brujas.

Cuando ya no le sintió agitarse, Bathilde retiró la almohada, y después de asegurarse de que estaba realmente sin vida, abandonó la casa del barrio de Saint-Marceau y se dirigió hacia el Marais.

X

UNA RECEPCIÓN MUY TURBADA

Aunque la condesa de Lagardère puso en práctica la idea de abrir sus salones para celebrar el regreso de su hijo, hízolo muy discretamente; puesto que aquella noche, apenas pudieron franquear cien personas el umbral del hotel de Nevers, y entre aquel número había que contar una tercera parte de señores jóvenes que acudieron especialmente para festejar al nuevo duque.

En el salón de recepciones, hubiéramos podido ver al viejo mariscal Mauricio de Sajonia, á Chevert, recién promovido al grado de brigadier general y al capitán Tresmes. Estos tres valientes militares quisieron tener el honor de demostrar la estima en que tenían á Felipe que, cuando sólo era oscuro guardia francés, se había dado ya á conocer por su valor.

Nos sería difícil citar por sus nombres á todas las

personas presentes; pero debemos mencionar al duque de Richelieu, que asitía en representación de Luis XV.

Como de costumbre, y da pena confesarlo, el señor de Richelieu, hacía poco honor á su jerarquía y, no obstante su edad, destacábase aún entre un grupo de jóvenes y lindas mujeres, á cuyo número venían á mezclarse dos de sus antiguas víctimas, las señoritas de Valois y de Charolais.

— Nunca he podido tolerar á ese cortesano de Vignerot, á quien han hecho duque de Richelieu y mariscal de Francia — decía el viejo de Sajonia.

— ¿Sabe usted, general Chevert, que ese viejo ha sido el hombre más querido de Francia?...

— ¡Oh! mariscal, ¿y nuestro sire el rey?

— Ese viene en segundo lugar... De ese Vignerot se cuentan cosas sorprendentes...

Mire, en la época en que pasó por segunda vez por la Bastilla — y la Bastilla no era para él bastante negra prisión, puesto que tenía salón y antecámara donde se hallaba su criado Ruffé — se dice que recibía diariamente numerosas visitas femeninas. Y hasta tenía varios tocadores para que sus conquistas no se vieran unas á otras.

Un día, Courtenay, que le odiaba, consiguió llegar hasta él; pero fué detenido de repente por el ruido de dos puertas que se abrían con violencia, al tiempo que surgían de ellas dos mujeres seductoras que se precipitaron desgreñadas como dos Euménides.

Eran dos mujeres adorables, ya se lo he dicho. Además, usted puede verlas desde aquí, cortejando á su dios; pero han cambiado algo desde entonces.

Á primera vista, Courtenay reconoció á sus dos primas de sangre real que se detuvieron furiosas al verse una á otra.

— ¡Ah! ¡señora, — dijo la Valois, hija del Regente — esto no es del juego!

Y la señorita de Charolais, hija de Condé, replicó:

— ¿Usted ha hecho trampa, señora!

Con aire majestuoso, repuso la de Valois:

— ¡Me parece que podría usted darme mi título, señora!

— ¡Recordaré su título cuando usted se acuerde del mío!

Estaban encolerizadas de veras, y tal vez iban á venirse á las manos, cuando, notando las dos gallinas el piadoso estado en que se encontraba su gallo, con el mismo movimiento postráronse de rodillas, una á cada lado de su ídolo, gimiendo con voz acariciadora:

— ¡Ingrato!... ¡haremos enrodar vivo al que así le ha tratado!...

El mariscal hizo un mohín de despecho, y terminó con esta reflexión:

— ¿Cómo quiere usted, general, que semejante personaje pueda conducir nuestros ejércitos á la frontera?

— Gana otras batallas — dijo Chevert sonriendo.

— ¡Verdad es! — replicó agriamente Mauricio de Sajonia; — ¡es un mariscal de alcoba!...

En la salita contigua al gran salón, sólo estaban los íntimos.

Junto á la chimenea, Aurora conversaba con Flor de Chaverny.

Ambas formaban proyectos para el porvenir de sus hijos, cuya boda acababan de fijar para época muy cercana.

Á pocos pasos de ellas estaba Felipe, entre Olimpia y Marina.

El joven duque y la señorita de Chaverny resplandecían de alegría. Su silenciosa entrevista — pues se hablaban más con los ojos que con los labios — acababa de ser interrumpida con la llegada de la hija de los Moutier, cuya presencia en el hotel desde aquella mañana era debida á expresa voluntad de Felipe.

Éste tenía entre sus manos las de las dos jóvenes y murmuraba, repitiendo, sin saberlo, lo que días antes había dicho en su delirio.

— Olimpia, he aquí á mi hermanita, deseo que también lo sea suya...

Los rincones extremos del saloncito estaban ocupados por otros dos grupos.

En uno, sentados cada uno en una butaca, y hablando lo más bajo posible, estaban nuestros viejos maestros de armas Cocardasse Junior y Amable Passepoil. Se extrañaban mucho de no ver á Helouin ni á Bonifacio.

Al primero sobre todo le echaban mucho de menos, porque desde sus antiguas reuniones en el Palacio Real, en tiempo del Regente, cuando les servía de polo Enrique de Lagardère habían perdido las costumbres del gran mundo.

En el otro rincón, el doctor César Cabalus había

cogido por su cuenta al señor de Chaverny y le sometía á la tortura vanagloriándose de sus curas recientes y maravillosas, curas debidas únicamente á su sistema, como puede suponerse.

Cuando las conversaciones particulares estaban en todo su apogeo, entró un criado y, con aire de gran misterio — porque las gentes del hotel estaban al corriente de los últimos acontecimientos — anunció á la condesa que la señorita de Wendel deseaba hablarle.

— ¡Ella!... — exclamó Aurora, estupefacta. — ¡Ella aquí!... ¡Ha tenido la audacia de querer afrontar mi presencia!... ¡Despáchela... despache á esa miserable... que yo no la vea más!...

— Señora condesa — observó el doméstico, — insiste en ser introducida ante usted.

Aurora iba de nuevo á oponer una negativa formal á aquella solicitud, que ella consideraba como una provocación, cuando le dijo Flor, interviniendo :

— Querida amiga, yo, en tu lugar, la recibiría, aunque sólo sea para ver la actitud que tiene ante nosotros.

— ¿Cómo?... ¿Después de lo que ha pasado... querrías?

— Razón de más. Me gustaría conocer el objeto de su visita...

Debe de tener graves razones para osar presentarse en plena recepción.

Aurora reflexionó un momento, y dijo luego al criado:

— Que entre esa persona.

Casi en seguida, penetró en el salón la señorita de Wendel.

Habíase levantado la madre de Felipe, y, en actitud rígida, miró á Bathilde de modo duro y despreciativo.

Pero había padecido durante tantos años la condesa, que, más que nadie se prestaba á compartir los dolores del prójimo; y poco á poco atenuóse la dureza de su mirada, porque apenas reconocía á Bathilde, la altiva y floreciente joven, en la persona pálida, descompuesta é inclinada que se le acercaba.

Se le encogió el corazón; era tan reciente su dicha; estaba tan poco acostumbrada á ella, que al ver venir á aquella especie de fantasma, presintió que acudían á anunciarle una nueva desgracia.

Con rápida mirada, envolvió Bathilde á todas las personas presentes.

Al ver á Felipe, á Marina, y á Olimpia sentados en círculo y con las manos enlazadas, sintió tan punzante dolor en el corazón, que por sus facciones se esparció una expresión de agudo padecimiento; pero, consiguiendo dominar esa emoción, pronto recobró su sangre fría.

Cuando iba á dirigir la palabra á la condesa, ésta, que había tenido tiempo de rechazar sus temores, le preguntó con voz que quería ser indignada; pero que, no obstante, era dulce.

—¿Ha venido usted aquí para desafiarme, desgraciada?

— Señora — respondió humildemente Bathilde doblando las rodillas, — lejos de querer desafiarla, vengo para sufrir su justo resentimiento. Estoy dispuesta á expiar del modo que usted me ordene todo el mal que le he causado.

— ¿Luego ha tocado por fin Dios su alma?

— Sí, señora, hiriéndome por dos veces en el corazón y con excesiva dureza — dijo dolorosamente la joven, pensando en su padre y en Felipe, y sabiendo que no la comprenderían. — Dios me ha iluminado — prosiguió — y me ha enseñado el grado de infamia en que yo había caído.

He sido muy culpable; he cometido la acción más abominable privándole de su hijo y haciendo creer á usted su muerte; pero puedo invocar la excusa de que yo era inconsciente.

— ¿Inconsciente?

— Completamente inconsciente ¡ay! porque estaba dominada, subyugada por una voluntad que habíase apoderado de la mía.

Un hombre... un verdadero bandido me recogió cuando yo era aún niña, y, aprovechando de mi inexperiencia de la vida, me había formado para el crimen. Por obedecerle, entré en esta casa... donde abusé del dolor que usted sentía y desempeñé el infame papel que usted sabe.

— Ese hombre se llama Peyrolles; ¿verdad?

— Así se llamaba, en efecto — respondió Bathilde extrañada de que la condesa supiera el apellido del miserable — ¡Sí supiera usted el monstruo que era el bandido!...

— Lo sé — interrumpió Aurora, sin notar que Bathilde hablaba en tiempo pasado.

— ¡ Oh ! ¡ no puede usted saberlo !...

— Lo sé, le repito; él, es quien me dejó viuda.

— ¿ Qué me dice usted ? ¡ gran Dios ! ¿ No era ya bastante el haberme hecho á mí huérfana ?

— ¿ Qué quiere usted decir ?

— Que asesinó á mi padre... á mi padre que, moribundo, no podía defenderse.

— ¡ Oh ! ¡ qué infame ! — murmuró la condesa, cuya voz se endulzó del todo.

— Pero, ¿en qué circunstancias cometió ese crimen que nosotros ignorábamos ?

— Voy á decírselas.

Habiendo, por causas que no he sabido nunca, abandonado mi madre á mi padre, yo me quedé sola con éste. Era yo muy joven entonces, pues sólo tenía doce ó trece años á lo sumo.

Desde la marcha de su mujer, profunda pena minaba la existencia del pobre hombre, cuya salud veía yo declinar rápidamente.

No tardó en llegar á no poderse levantar.

Me he olvidado de decirle que vivíamos en Brujas, en Bélgica.

Aunque habíamos sido muy ricos, acabamos por caer en tal miseria que carecíamos de todo, aun de las cosas indispensables á la existencia.

Yo no sabía hacer nada.

Educada en el lujo y el bienestar, era incapaz de proporcionar el menor socorro á nuestra triste situación; y la enfermedad de mi padre se agravaba cada vez más.

Una noche, á hora bastante avanzada, le sobrecogió tan gran debilidad que creí que iba á expirar inmediatamente.

Alocada, bajé precipitadamente en busca de un médico.

Pero no sabiendo donde encontrarlo, pues nunca había querido mi padre llamar á ninguno, empecé á vagar á la aventura por las calles de Brujas, tratando de descubrir en las casas alguna placa que me indicase la morada de un doctor.

Llevaba ya un buen rato buscando, cuando encontré á un anciano que me preguntó lo que hacía á aquellas horas y sola fuera de mi casa.

— Yo no soy médico — me dijo así que le hube explicado lo que yo buscaba ; — pero, sin embargo, como el caso es urgente, si quiere usted llevarme junto á su padre, tal vez pueda prestarle algún auxilio.

Acepté el ofrecimiento y vine con él á mi casa.

Estaba yo muy cansada, pues había velado varias noches seguidas, y mientras el anciano prodigaba algunos cuidados á mi padre, quedéme profundamente dormida.

— Pero, en ese caso, ¿cómo ha podido usted saber que Peyrolles cometió el crimen de que usted le acusa?... Y al saberlo, ¿cómo consintió usted en vivir con él ? — preguntó Flor de Chaverny, que era la misma lógica.

— No lo he sabido hasta hace una hora.

¡ Ah ! ¡ si hubiera podido sospecharlo !... pero no sabía nada... nada...

Bathilde hizo una ligera pausa, tras la cual prosiguió :

— Inmediatamente después de la inhumación, el bandido á quien la fatalidad me había hecho encontrar, el miserable Peyrolles, para nombrarlo de una vez, me dijo que la última voluntad de mi desgraciado padre era que yo le considerase á él como mi tutor, mi guía, y que le obedeciera en todo.

Yo creí lo que me dijo, y, sometiéndome á sus órdenes, que debían serme sagradas, permanecí á su lado.

Ya saben ustedes lo que ha hecho de mí.

Hace dos días, le pertenecía aún, era su esclava, cuando, de pronto, ha caido la venda que me cegaba.

La joven se detuvo otra vez y dirigió hacia el lado de Felipe una mirada en que se mezclaban el agradecimiento y el amor.

Prodújose un silencio general.

La condesa sólo sentía ahora gran compasión por la que estaba á sus pies.

— Levántese, señorita — dijo á Bathilde, — trataré de olvidar,... de borrar de mi memoria lo pasado...

— Madre — intervino entonces Felipe, — permítame que interceda por esa pobre mujer.

No sólo me ha salvado la vida cuando yo era niño ; sino que también, en la emboscada de anteanoche, me libró ella de las armas de mis asesinos.

Concédale, pues, el perdón, que ella no se atreve á solicitar.

— Sí, perdónala, Aurora — apoyó la marquesa ; — en realidad, ha sido más desgraciada que culpable.

La naturaleza generosa de la condeza de Lagardère sólo deseaba perdonar, así es que, con tono lleno de piedad, dijo :

— Le perdono, señorita... ¡ Plegue á Dios que persista usted en el bien !

— ¡ Oh ! gracias, gracias, señora !... — exclamó Bathilde apoderándose de las manos de Aurora, que cubrió de lágrimas y besos ; — no me atrevía á esperar tanto.

— De todos modos, — continuó la madre de Felipe, — pongo una condicion á mi perdón, y es que ayude usted á la justicia á descubrir el escondite de Peyrolles que, ayer, cuando iba á ser apresado por el asesinato de mi marido, consiguió escaparse.

— ¡ El de quien usted habla, ya no existe, señora ! — respondió, con acento grave, Bathilde. — Creí habérselo dado á entender.

— ¿ Ha muerto ?

— Sí, señora... Hace un rato, me preguntaba usted cómo supe que él me había dejado huérfana.

Pues, ved aquí la explicación.

Y la joven expuso á la condesa el relato de su entrevista con el ex factótum de Gonzaga y la escena trágica que la había terminado.

Pero, en la rapidez con que la contó, pasó inconscientemente en silencio el proyecto incendiario de Peyrolles, de que éste le había hablado antes de morir.

— ¡ Que Dios me perdone este crimen, si lo es ! —

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

añadió Bathilde. — Para mí, ese hombre era indigno de vivir más tiempo.

— No tenga usted ningún remordimiento en cuanto á eso — repuso Flor; — lejos de ser un crimen, ha cumplido usted una acción muy laudable.

El señor de Chaverny, el doctor Cabalus y otros se acercaron durante el curso del relato, y todos comentaban el terrible fin del miserable, asociándose á la opinión de la marquesa, cuando en el salón resonó un grito terrible:

— ¡Fuego! ¡fuego!

— ¡Fuego! — repitió la señorita de Wendel, cuyo rostro se cubrió de una palidez mortal. — ¡Dios mío! Lo he olvidado...

— ¿Que ha olvidado usted? — preguntó Flor de Chaverny, precipitándose á sostenerla, pues estaba pronta á caer.

— Y sin embargo, he venido expresamente á avisarla — tartamudeó la joven. — ¿Quién me ha impedido decírselo?

Pasóse la mano por la frente, como para apartar la turbación que le invadía el cerebro y señalando con la mano á las ventanas, en cuyos cristales se veía un resplandor, exclamó:

— ¡Condesa de Lagardère, su hotel arde por voluntad de Peyrolles!

Organicen pronto auxilios y guarden sus vidas, porque el cadáver de su rencoroso enemigo puede estremecerse de alegría al ver á usted caer víctima de su último é infernal atentado.

— ¿Qué puede ahora Peyrolles; puesto que usted lo ha ahogado? — preguntó la marquesa, que quería saber exactamente de dónde venía el peligro.

— Su venganza sobrevive, — replicó Bathilde; — ha dejado un cómplice, el caballero Zeno, embajador de Venecia...

— En efecto, Helouin me ha hablado de ese caballero — dijo, espantada, Aurora.

La señorita de Wendel continuaba:

— Con treinta bandidos de su calaña, Zeno ha debido de introducirse en este hotel, señora, y aprovechando del incendio, usted y su hijo deben ser estrangulados.

— Una palabra más — interrumpió fríamente la señora de Chaverny, que nunca perdía la cabeza: — ¿cómo han podido introducirse aquí esas gentes? las tapias del parque son demasiado elevadas para ser franqueadas por escalo, y no creo que el portero les haya dejado entrar, al ver sus cataduras.

Bathilde palideció más aún, si cabe, y replicó:

— Señora marquesa, han debido de emplear una llave que me han robado, y por medio de la cual abría yo la puerta del pozo que da al callejón.

Ya no cabía duda, tratábase de organizar en seguida socorros y de apercibirse á defenderse.

Durante la rápida conversación cambiada entre la marquesa y Bathilde, los huéspedes del gran salón habían entrado por grupos en el pequeño.

Cosa rara, las damas parecían tan tranquilas como los caballeros.

El general Chevert y el señor de Sajonia instaláronse

en el hueco de una ventana mientras Richelieu y su círculo de adoradoras ocupaban la otra.

Era extraña la serenidad de aquellas gentes; nadie se creería en un hotel minado por las llamas y amenazando ruina.

El único grupo poco tranquilo era el formado junto á la chimenea, y compuesto de nuestros principales personajes.

Felipe rodeaba con sus brazos á Olimpia y Marina, decidido á llevarse á ambas lejos de todo peligro.

Cocardasse, con la mano en el pomo de la espada, habíase colocado delante de él, y Passepoil tomó posiciones delante de la condesa.

— Mariscal — dijo la marquesa al señor de Sajonia, — nos fiamos en su gran experiencia; usted mandará la retirada.

— ¿De qué retirada habla usted, señora? — interrogó el viejo soldado. — El fuego se ha apagado por sí mismo, según parece...

Todavía estaba hablando, cuando se abrió una puerta lateral, dejando ver á Helouin y á Bonifacio Passepoil, que sostenían á Clarita, la criada de Bathilde.

La pobre muchacha se hallaba en un estado digno de compasión: sus cabellos estaban tostados, al igual que sus cejas, y el vestido, quemado por varios sitios, descubría partes de carne en las cuales se levantaban ampollas llenas de serosidad, producidas por el fuego.

— Condesa — dijo Helouin señalando á la desgraciada á quien sostenía, — esta muchacha acaba de proceder con raro valor por usted, y merece una buena recompensa.

Esta noche, la he encontrado errando por París, la he hecho volver al hotel y apostarse junto á la puerta del pozo, en el parque, puerta por donde sabía yo que gran número de miserables iba á introducirse como la otra noche.

El caballero Zeno mandaba esa tropa.

Impaciente al no ver venir á su cómplice Peyrolles, cuya desaparición es inexplicable, ha penetrado con sus hombres en el parque, y se ha alegrado de encontrar á Clarita que se ha ofrecido á servirle de guía.

Llegados á las habitaciones de la señorita de Wendel, prendieron fuego á todos los tapices, y, cuando el humo empezaba á obstruirles la garganta, suplicaron á la criada que les indicase el camino que á las habitaciones de usted conduce.

Entonces tuvo esta muchacha una idea genial. Apretó el resorte que sirve para cerrar la entrada de una galería secreta que, según creo, no tiene salida...

— Sí — interrumpió Bathilde que escuchaba ávidamente y comprendió que se trataba de la escalera secreta que bajaba al jardín, por la cual había ella querido hacer huir á Felipe, — sí, hay una; pero yo la cerré antes de marcharme del hotel, y sólo yo puedo abrirla.

— Sea lo que fuere — continuó diciendo Helouin — los hombres del caballero se han introducido uno á uno en el pasaje.

Yo estaba escondido en la alcoba.

En el momento en que Bonifacio — que por consejo mío estaba con ellos, — iba á introducirse á su vez precediendo á Zeno, con brusco movimiento hizo Clarita moverse una losa que cierra la galería.

— ¡Traidora! — le gritó el italiano, al verme salir de mi escondite — ¡tú vas á pagar por todos!

Y antes de que Bonifacio y yo pudiéramos oponernos, la arrojó á las llamas, y saltando de lado, desapareció por la puerta.

— ¿Y le han dejado ustedes huir? — preguntó la marquesa.

— No había más remedio, señora, para salvar á esta pobre mujer y apagar el conato de incendio.

Pero, según creo, el veneciano no ha debido de salir aún del hotel; se habrá perdido por el laberinto de cuartos y pasillos.

— Entonces — dijo Felipe hablando por primera vez — á mi me toca descubrirlo y castigarlo. Tenemos que arreglar juntos una antigua deuda.

Y al pronunciar esas palabras, cruzó por los ojos del joven un rayo de cólera, pues acababa de pensar que él era feliz; pero que todavía estaba Marina sin vengar.

Sin esperar el parecer de su madre, rechazó suavemente á Olimpia y á Marina, y, desenvainando la espada, encaminóse á las habitaciones privadas.

— ¡Chico! — murmuró Cocardasse al oído de Passepoil — ¿le vamos á dejar ir solo?

— ¡Cá! amigo ¡ca!

Y con paso cadencioso, los dos maestros de armas atrevesaron dignamente el salón, sin intimidarse por

las miradas que les dirigían los señores y las nobles damas, y traspasaron la puerta por donde había salido Felipe.

Pero, en el momento de franquearla, apartáronse con sorpresa para dejar paso á Marina que, queriendo compartir el peligro del que llamaba su hermano, se lanzaba tras éste como un torbellino.

— ¿No van ustedes también, señores? — preguntó la marquesa.

— ¡Para qué! — exclamó sonriendo el capitán Tresmes; — ¡qué puede una espada contra la de Felipe, que haría frente á media docena de profesores de esgrima!

— ¿Y los hombres del caballero Zeno? — interrogó el marqués de Chaverny.

— Están presos en el pasaje secreto... — contestó Helouin.

Un grito desgarrador le cortó la palabra, y casi en seguida reapareció Felipe con el rostro descompuesto, llevando en brazos el cuerpo de Marina cuyo vestido tenía un ancho agujero del que manaba gota á gota la sangre.

— ¡Doctor! — gritó el joven, depositando en un sofá su preciosa carga — ¡sálvela, doctor!

Aurora, la marquesa y su hija se precipitaron hacia la herida.

— ¡Pobre niña! — decía Felipe, — ¡pobre hermanita! Se ha arrojado ante el arma del veneciano que quería matarme por detrás y en la oscuridad...

— ¡Como Gonzaga atravesó á Nevers, por detrás, de

noche, en los fosos de Caylus! — exclamó una voz sonora y grave.

Esto acababa de ser pronunciado por la princesa de Lorena, duquesa viuda de Nevers, señora alta de aspecto altivo que, habiendo sabido el regreso de su nieto, acababa de llegar á París y de penetrar en casa de su hija sin que la anunciasen.

En cualquiera otra circunstancia, la entrada de la duquesa hubiera sido un acontecimiento; pero en aquel instante absorbía á todos el drama que desarrollaba su último acto.

— ¡Ah! ¡ese canalla no morirá sino por mi mano! — gritó el joven duque, desesperado de dolor.

César Cabalus había abierto el cuerpo de Marina y estancaba la sangre.

Cocardasse y Passepoil entraron con la orejas gachas: el ágil italiano se les había escapado una vez más de las manos.

Marina volvía en sí. Al recobrar el conocimiento, dirigió una mirada indefinible al joven duque, y atrayendo el oído de éste contra sus labios, murmuró:

— ¡Puesto que Dios me llama, Felipe, puesto que me permite morir por ti, puedo declararte que... te amo!...

— Esto no es nada, nada, nada — pronunció doctoralmente el doctor Cabalus. — Con mi sistema, hago yo milagros. Entre mis manos, el sujeto tiene á lo sumo para quince días...

Enderezóse Felipe mientras la cabeza de Marina volvía á caer contra los almohadones; la palidez de la una se reflejaba en el rostro del otro.

XI

PENAS Y ALEGRÍAS

Un mes después de tan movida recepción, una hermosa mañana de Enero, que el sol, aunque pálido, alegraba con sus rayos, la iglesia de san Pablo lucía magníficos y suntuosos tapices.

Una muchedumbre elegante, compuesta de la flor y nata de la nobleza, llenaba las naves del templo.

Se celebraba la boda del nuevo duque de Lagardère-Nevers, con la señorita Olimpia de Chaverny.

El rey asistía á la ceremonia.

Quería indicar con su presencia lo mucho que apreciaba á los jóvenes esposos.

También se hallaba presente la señora princesa de Lorena.

El general Chevert y el capitán Tresmes eran los testigos del marido.

En cuanto á la hija del marqués, había tenido las